



Recordación de Mariano Latorre

Escribe: Mario E. Silva Marambio

Mariano Latorre, cuentista, novelista y crítico, nació en Cobquecura, provincia de Nuble, el 4 de enero de 1886, y falleció en Santiago el 10 de noviembre de 1955, a la edad de 69 años. Era delgado, rubio y elegante, y era difícil imaginario inmóvil, porque su estampa, junto a la del escritor boliviano Luis Toro Ramallo y de Luis Durand, al autor de "Afuera", formaban parte de la tranquila ciudad de Santiago, en un Paseo Ahumada muy provinciano, con vendedores de fruta lorosa en las aceras. Latorre hizo sus estudios de humanidades - educación media, como se llama ahora, en los liceos de Talca y de Valparaíso, y se vino a Santiago con la intención de seguir la carrera de abogado. Después de algún tiempo, Latorre abandonó sus estudios de derecho y abrazó los de castellano en el Instituto Pedagógico. Obtuvo el título de profesor para dicha asignatura en 1926. Quienes fueron sus alumnos lo recuerdan como un maestro amable, bondadoso, que a menudo olvidaba los ramos duros de semántica o de gramática histórica y se entusiasmaba hablando de literatura.

Su trabajo de más de 50 años, tanto como docente y escritor, prueba que cumplió

con creces este cometido. Aunque en estos días de la civilización de la imagen no se le vea como antes.

En sus funerales del 11 de noviembre de 1955, el poeta Pablo Neruda leyó un discurso que ha sido poco divulgado hasta hoy y que reproducimos como un hermoso y lírico testimonio:

"En este día frío en medio del verano como su partida, como su desaparición repentina en medio del regocijo multiplicado de su obra. No voy a hacer un discurso funerario para Mariano Latorre. Quiero dedicarle un vuelo de quetzales junto al agua, sus gritos agoreros y su pluma blanco y negro levantando se de pronto como un abanico enlutado. Voy a dedicarle una queja de pidenes y la mancha mojada como sangre en el pecho, de todas las locas de Chile. Voy a dedicarle un espuela de gusano, con rocóp matutino, de algún jineta que sale de viaje en la madrugada por las riberas del Maule y su fragancia. Voy a dedicarle, levantándola en su honor, la copa de vino de la patria, colmada por las esencias que él describió y gozó. Vengo a dejarle un rosario amarillo de tops topa, flores de las quebradas, flores salvajes y puras. Pero él también se merece el susurro secreto

de los manantiales tutelares y la fronda de la araucaria. Él, más que nadie, es digno de nuestra flora, y su verdadera corona está desde hoy en los montes de la Araucanía, tejida con boldos, arrayanes, copihues y laureles. Una tonada de vendimias lo acompaña, y muchas trenzas de nuestras muchachas silvestres, en los corredores y bajo los aleros, a la luz del estío o de la lluvia. Y esta cinta tricolor que se anda al cuello de las guitarras, al hilo de las tonadas, está aquí, ciñe como una guirnalda su cuerpo y lo despide. Oímos junto a él los pasos de labriegos y pampinos, de mineros y de pescadores, de los que trabajan, restrean, socavan fecundando nuestra tierra dura. A estas horas está cunjando el cereal y en algún tiempo más los trigales maduros moverán sus olas amarillas en honor del ausente. De Victoria al sur, hasta las islas verdes, en campos y caseríos, en chozas y caminos, no estará con nosotros, lo echaremos de menos. Las goletas volarán sobre las aguas, cargadas con sus frutos marinos, pero ya Mariano no navegará entre las islas. Él amó la tierra y las aguas de Chile, las conquistó con paciencia, con sabiduría y con amor, las selló con sus palabras y con sus ojos azules. En

nuestras Américas, el gobernante de un clima a otro, no hace sino entregar las riquezas originales. El escritor, acompañando la lucha de los pueblos, defiende y preserva las herencias. Se buscará más tarde su nuestras costumbres y nuestros trajes, nuestras canciones y nuestras guitarras, han sido sacrificados, si ha desaparecido el tesoro que resguardaron hombres como Mariano Latorre, irreducible en su canto nacional. Iremos a buscar en la enramada de sus libros, acodiremos a sus páginas preciosas a conocer y defender los nuestro.

Los clásicos lo produce la tierra, o, más bien, la alianza entre sus libros y la tierra, y tal vez hemos vivido junto a nuestro primer clásico, Mariano Latorre, sin estimar en lo que tendrá de permanente su fidelidad al mandato de la tierra. Los hombres olvidados, las herramientas y los pájaros, el lenguaje y las fatigas, los animales y las fiestas, seguirán viviendo en la frescura de sus libros.

Su corazón fue una nave de madera olorosa, salida de los bosques del Maule, bien construida y martillada en los astilleros de la desembocadura, y en su viaje por el océano seguirá llevando la fuerza, la flor y la poesía de la patria."

El Espectador V Región 22-MARZO-2002 P.2

623592

Recordando a Mariano Latorre [artículo] Mario E. Silva Marambio

Libros y documentos

AUTORÍA

Silva Sthandier, Mario

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Recordando a Mariano Latorre [artículo] Mario E. Silva Marambio

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile